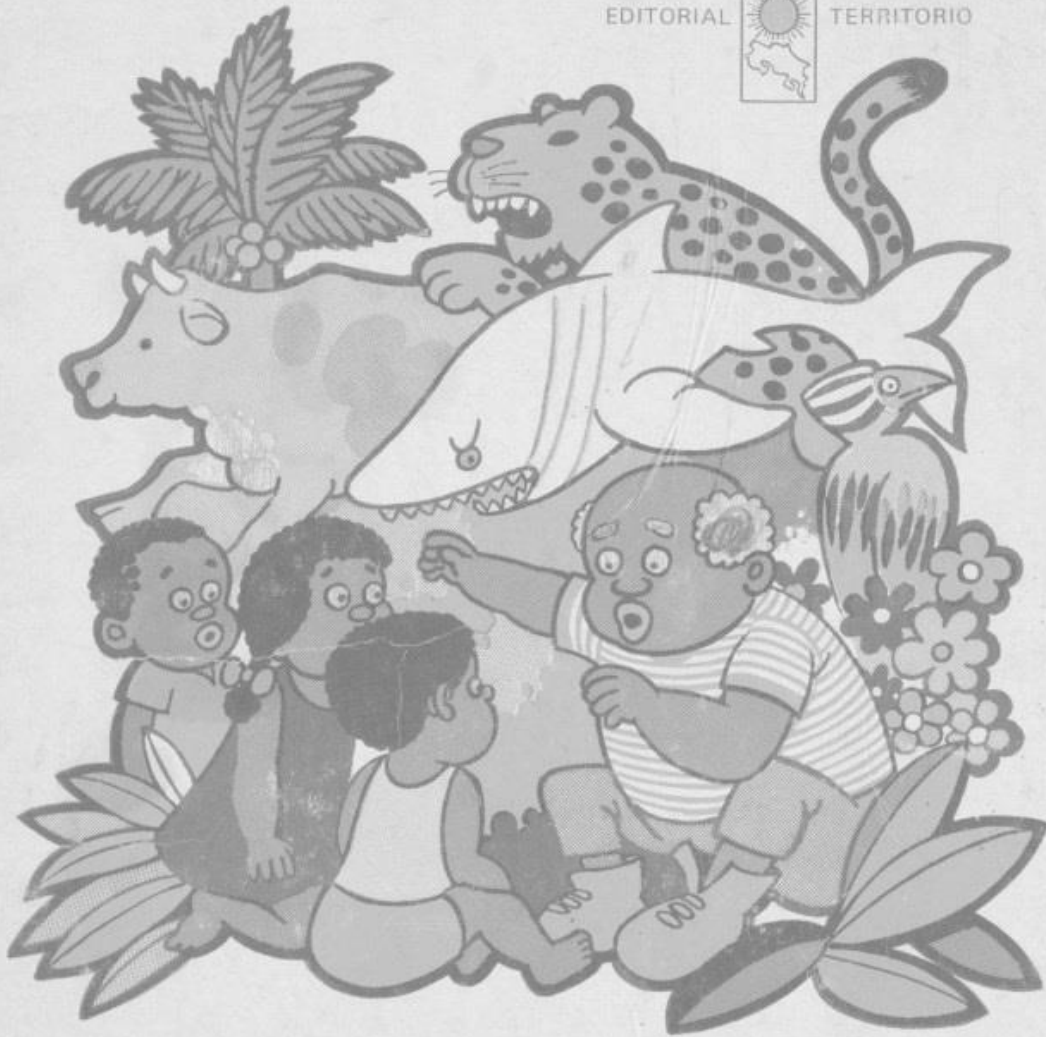


EDITORIAL



TERRITORIO



Los Cuentos del Hermano Araña

DUNCAN

Quince Duncan

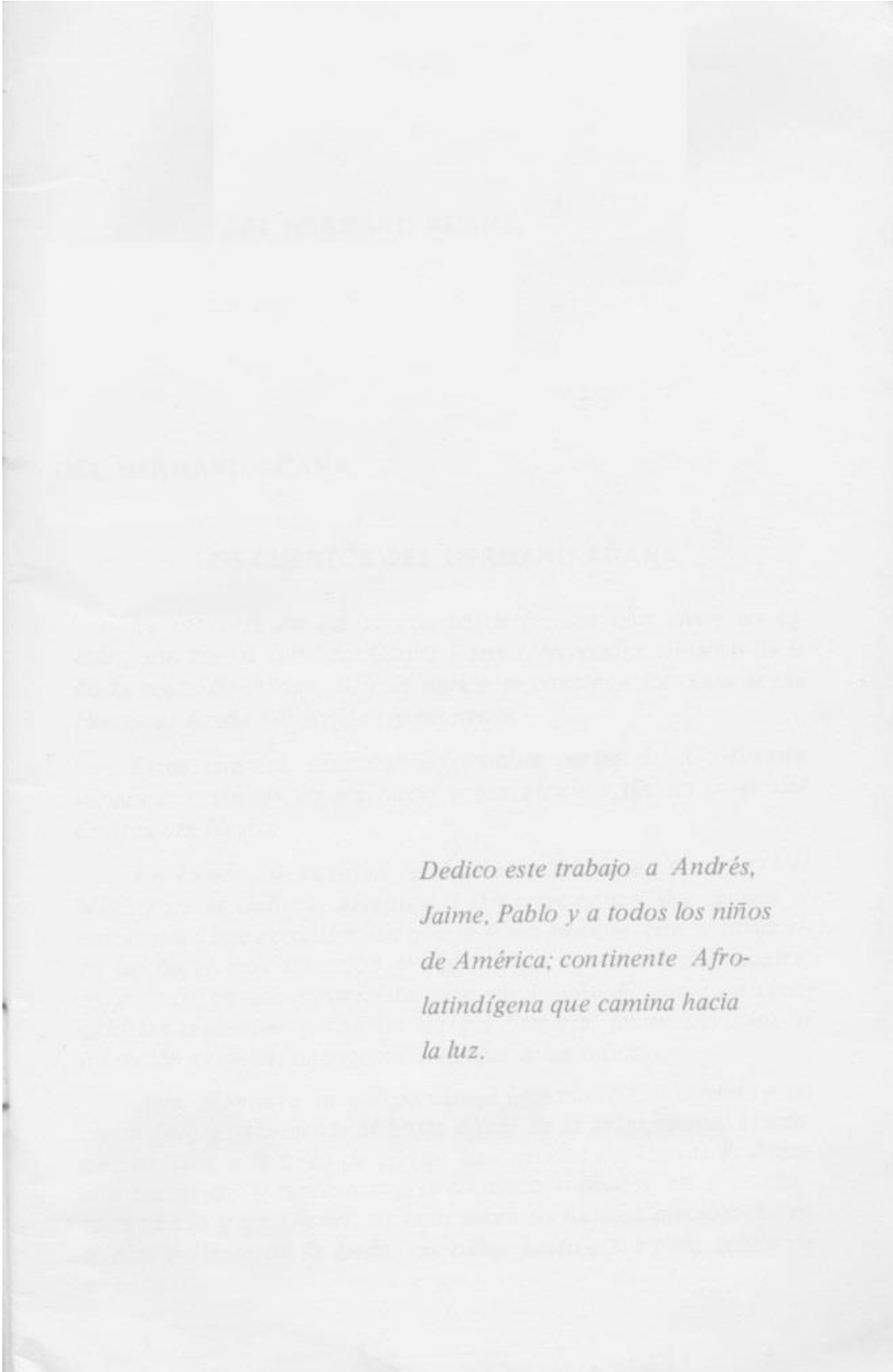
Los cuentos
del
Hermano Araña

Tal como los cuenta el famoso
JACK MANTORRA, alias La Cotorra.

Ilustraciones de Hugo Díaz

HECHO EL DEPOSITO DE LEY
Mayo de 1975

*Impreso en Costa Rica
Por Artes Gráficas de Centroamérica*



*Dedico este trabajo a Andrés,
Jaime, Pablo y a todos los niños
de América; continente Afro-
latindígena que camina hacia
la luz.*

LOS CUENTOS DEL HERMANO ARAÑA.

La mayoría de los negros costarricenses que viven en Limón, son de las Islas del Caribe y sus antepasados vinieron de la costa oeste de Africa. Allí es donde se contaron los cuentos del Hermano Araña (Anansi) originalmente.

Estos cuentos, aparecen en muchas partes del Continente Americano, donde quiera hubo gente africana de esa parte del Continente Negro.

En Limón, se cuentan todavía estos cuentos. Y en 1971 el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes concedió una beca al autor, para que recogiera los que le fuera posible, con el propósito de hacer una selección y publicarlos. Por una razón u otra, muy poco de ese material ha sido publicado. El autor ha recogido los presentes, y con un arreglo literario, les ha devuelto su intención original: entretener y educar a los niños.

Jack Mantorra es un personaje legendario del caribe, y en cierta forma, representa al brujo o jefe de la tribu, que al atardecer, se daba a la tarea de contar las historias del Hermano Anansi a los niños; y representa a la abuela o al abuelo, en el contexto caribeño y de Limón, sentado sobre su hamaca meciéndose en el aire ardiente de la tarde, los niños junto a sus pies, ávidos de su palabra.

A veces, el guarda roba más que el ladrón

Jack Mantorra cuenta que una vez hace muchos años, el Hermano Tucumá sembró un lindo huerto delante de su casa. Lo hizo por prevenido, porque hay momentos en que la situación del país se pone dura. Tan dura, que la comida se volvía escasa, y mucha gente pasaba hambre.

La intención del Hermano Tucumá al cultivar el huerto, era tener él abundante comida, y vender lo sobrante a los que pudieran comprar, y regalar a los que, por su pobreza, no pudieran comprarle, siempre que esa pobreza se debiera a alguna enfermedad o a la vejez y no a la vagancia, pues no es justo que un vago se coma la comida del trabajador.

El huerto del Hermano Tucumá de veras que estaba lindo. Unos bananos así de grandes, maíz abundante, frijoles de los grandes, coloraditos, naranjas dulces, limones, fruta de pan, yuca, ñampí del colorado y muchas otras cosas más, cual más de todas sabrosas.

El gran vago del barrio era el Hermano Araña. Porque los demás vecinos imitaron el ejemplo del Hermano Tucumá. Pero lo que es el Hermano Araña, nadie lo encontraba nunca con una pala, ni con un cuchillo, ni siquiera con un rastrillo barriendo su patio. Cuenta Jack Mantorra que más de una vez, tuvo que ser obligado por el Delegado Cantonal a limpiar su patio, por el peligro que representaba tener tanto monte en medio pueblo, pues todos sabemos que el monte es la guarida de todos los bichos, incluyendo el temido Hermano Culebra.

Pero de noche, mientras el Hermano Tucumá trataba de reponer en el sueño las energías gastadas durante el día, bajo el ardiente sol que lo hacía sudar, o bajo la lluvia recia que le enfriaba todo el cuerpo, alguien se estaba llevando los productos del huerto.

Cansado de ver que su cosecha de frijoles iba haciéndose cada día más pequeña, que el maíz se perdía noche a noche; y convencido de que ni frijoles ni maíz tenían pies, el Hermano Tucumá fue a consultar con el Hermano Araña, famoso en toda la región por su inteligencia.

Y de veras que el consejo que le dio el Hermano Araña a su vecino pareció digno de su fama. Porque era sabio contratar los servicios de un guardián que cuidara el huerto durante las horas de la noche. Y para terminar de convencer al Hermano Tucumá de su buena voluntad, el Hermano Araña se ofreció para hacerse cargo del trabajo. Esa noche el Hermano Tucumá se durmió tranquilo, confiado en la protección de su buen amigo y vecino.

Pero cuenta Jack que los robos no cesaron. Más bien, la situación se ponía cada día más grave. El Hermano Araña le daba excusas, insistiendo que casi había agarrado al responsable, o que lo había sorprendido y golpeado, o que, tras apresar al ladrón, se había resbalado, y eso fue aprovechado por él para huir. Y siempre al final de sus diarias explicaciones, agregaba la promesa de agarrarlo sin falta la siguiente noche. Una noche llegó al colmo de despertar al Hermano Tucumá, con un tremendo alboroto, pidiendo ayuda para poder apresar al ladrón que decía tener acorralado. Sólo que, cuando el Hermano Tucumá llegó al sitio, por más que lo buscaron no pudieron dar con el responsable.

El Hermano Tucumá empezó a entrar en sospechas. Así que fue a consultar con otro vecino, el Hermano Gungú, y éste le dijo que según su parecer, el Hermano Araña a la par de inteligente era un gran bandido, y que por lo tanto no aconsejaba confiar en él. Y ofreció ayudar al Hermano Tucumá a montar una trampa para ladrones, que dijo, nunca fallaba.

Esa noche, apenas oscureció, instalaron un muñeco en el huerto, untado de alquitrán fresco, antes de que el Hermano Araña iniciara sus rondas. Y se escondieron cerca, esperando sorprender al responsable fuera quien fuera.

Al oscurecer el Hermano Araña empezó su servicio puntualmente, con la confianza de siempre. Primero, recorrer el huerto para estar seguro que nadie lo miraba. Segundo, llenar su canasta de frijoles, maíz y otros alimentos, llevarla a su casa y luego volver para seguir cuidando la finca hasta el amanecer.

Y tenía ya llena su canasta cuando vio al muñeco, y creyéndolo una persona, se acercó para exigirle una explicación, pensando capturarlo y echarle a él la culpa de todos los robos,



con lo cual se ganaría la buena voluntad del Hermano Tucumá, y podría seguir cometiendo sus fechorías, e inventando nuevos pretextos.

Pero qué gran cólera se llevó cuando por más que le gritaba, el supuesto ladrón se negó a contestarle. Así que le dio una fuerte bofetada en la cara con la derecha y otra con la izquierda, con tanta rapidez que ni cuenta se dio que su mano derecha se había quedado pegada al rostro del muñeco. De modo que su mano izquierda quedó pegada también. Más enojado aún, y creyendo, en su confusión, que lo estaban agarrando le dio una patada a su rival, y fue en ese momento que descubrió que algo extraño pasaba, porque nadie tenía tres manos. Y si su rival, con dos le sostenía las manos ¿con qué le agarraba los pies?

Trató entonces de soltarse, empleando el otro pie y luego la

cabeza, pero cada vez iba quedando más pegado al muñeco.

Lo dejaron así, pegado y gritando toda clase de tonterías, hasta la mañana siguiente. Y entonces lo castigaron por sus pille-rías. Y mientras le daban su merecido, el Hermano Tucumá le comentó al Hermano Gungú que a veces, en este país, hay guardias que roban más que los ladrones. Y éste le dijo que precisamente por eso, era necesario que todos los ciudadanos estuviesen vigilantes siempre, porque la ley solo se cumple cuando cada uno contribuye un poco a hacerla cumplir.

Jack Mantorra dice que si este cuento se parece a algo que ustedes hayan visto u oído, no lo reclamen, porque después de todo, él es solo una cotorra.

La leña (I)

Cuenta Jack Mantorra que el Hermano Gungú hizo una finca de maíz tierra adentro, donde se juntan los ríos y empieza la quebrada. En la Barra de Colorado, la tierra es muy buena, por lo menos, muy buena para el maíz. Las plantas crecieron increíblemente rápidas y sanas, y el Hermano Gungú se prometió un día mientras chapeaba la hierba y limpiaba las raíces, no comer los melotes antes del día de su cumpleaños.

Dice Jack que si uno nace con un poco de suerte y Dios lo ayuda, siempre que se faje, todo sale bien. Salvo cuando otros se lo impidan, porque ustedes saben que, como dice Jack, hay gente para todo.

Pero esta vez nadie trató de impedir la prosperidad del Hermano Gungú. Y él, agradecido a la naturaleza, se aguantaba las ganas de comer aunque fuera uno de los sabrosos helotes, esperando el ya mencionado día.

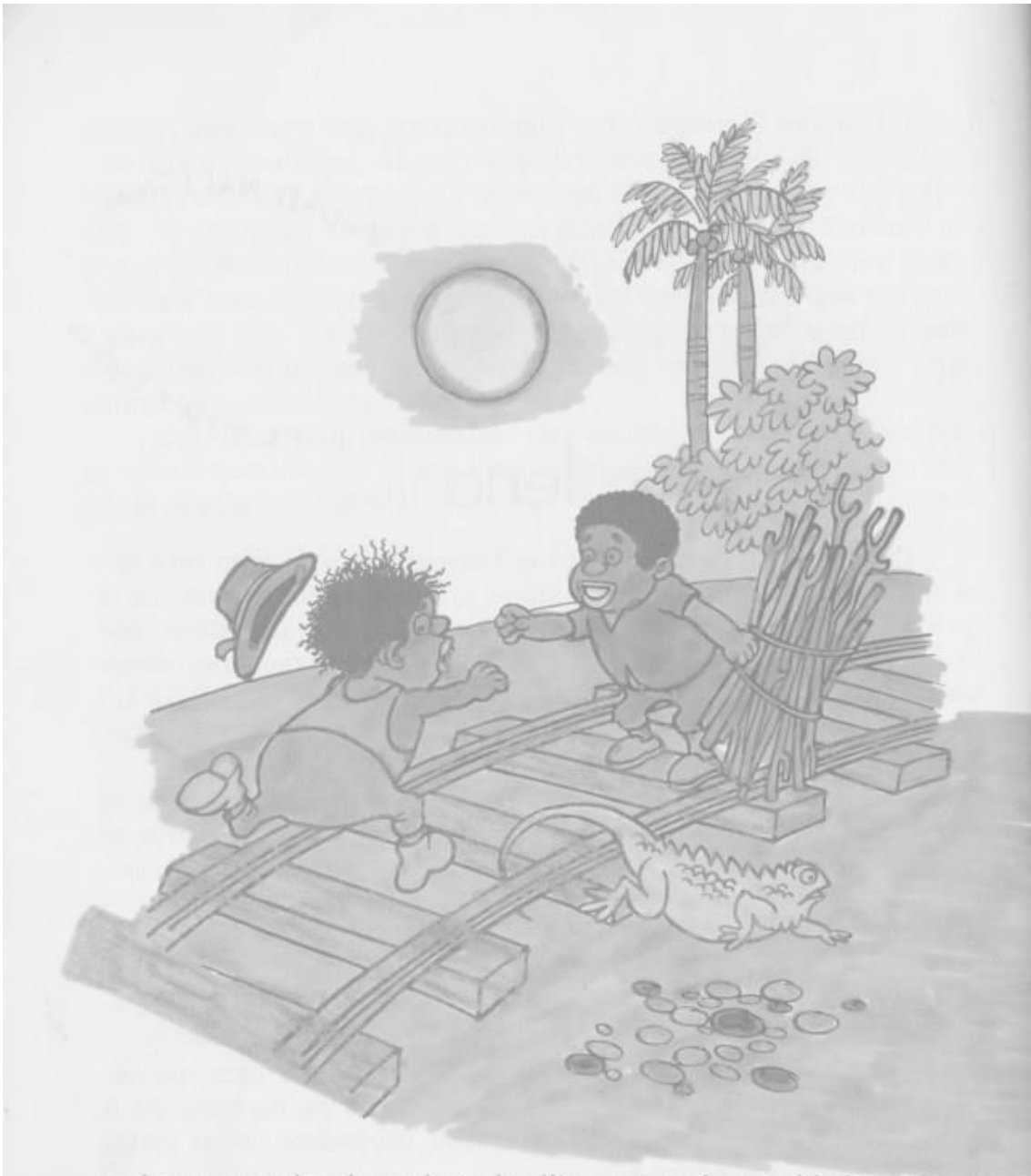
Pero la tentación pudo más que él. Y no era para menos. La verdad es que los melotes parecían granitos de mantequilla o de queso colorado, cruditos, fresquiticos, cayéndose de las matas de lo gorditos que estaban.

Más, apenas hubo acercado el melote a la boca, le habló. Sí, dice Jack que el melote le habló, preguntándole que si total no era que iba a esperar el día de su cumpleaños para comérselos.

Desde luego que Jack no estaba allí, pero como él dice, siendo una cotorra, se limita a repetir lo que ha oído contar.

Así que el melote le habló al Hermano Gungú, y éste asustado lo botó al suelo, y tomando el machete, se proponía hacerlo

(I) Con ligeras variantes, he oído una versión de este cuento en la Meseta Central.



pedazos cuando el machete le dijo que tuviera cuidado, porque cerca del melote había una piedra y lo podía mellar. Sí, el machete le habló. Le habló también. Y claro que eso era demasiado para el pobre Hermano Gungú, que por poco se desmaya.

Pero en vez de desmayarse echó a correr, y era tanta su prisa que pasó sobre el puente, más rápido que el tren pachuco cuando le coge tarde.

Muchachos ni siquiera se detuvo cuando el famoso Hermano Alberto Pata Grande le habló. Y ya iba como al segundo swich cuando el Hermano Araña, que traía una carga de leña, logró detenerlo, para que recobrará el aliento y le contara la causa

de tan apresurada fuga.

Y dice Jack que tuvo que frotarlo, darle agua y abanicarlo, para que se calmara lo suficiente para contarle su fantástica historia.

Al Hermano Araña le dio risa. Dijo que eso no era para tanto. Que el Hermano Gungú era un cobarde, y otras muchas bur-las que hicieron sentir muy mal al asustado finquero.

Al fin, cargando nuevamente la leña, el Hermano Araña se proponía seguir su camino, cuando la leña le dijo que era un gran farsante, porque de pasarle a él lo mismo, igual hubiera hecho.

¡Muchachos! Dice Jack Mantorra que él cree que el Her-mano Araña debe estar corriendo todavía.

La vaca de carrera

Jack dice que este cuento le pasó a él mismo, y que fue allí donde aprendió a no burlarse de la gente, porque muchas veces el burlador sale burlado. Dice que en esos tiempos él manejaba "motorcar" que es un automóvil que va por la línea del tren. Y venía una mañana acelerando, respirando el aire fresco de la mañana que tanto bien hace a los pulmones, cuando vio al Hermano Araña, caminando con una vaca a lo largo de la vía férrea.

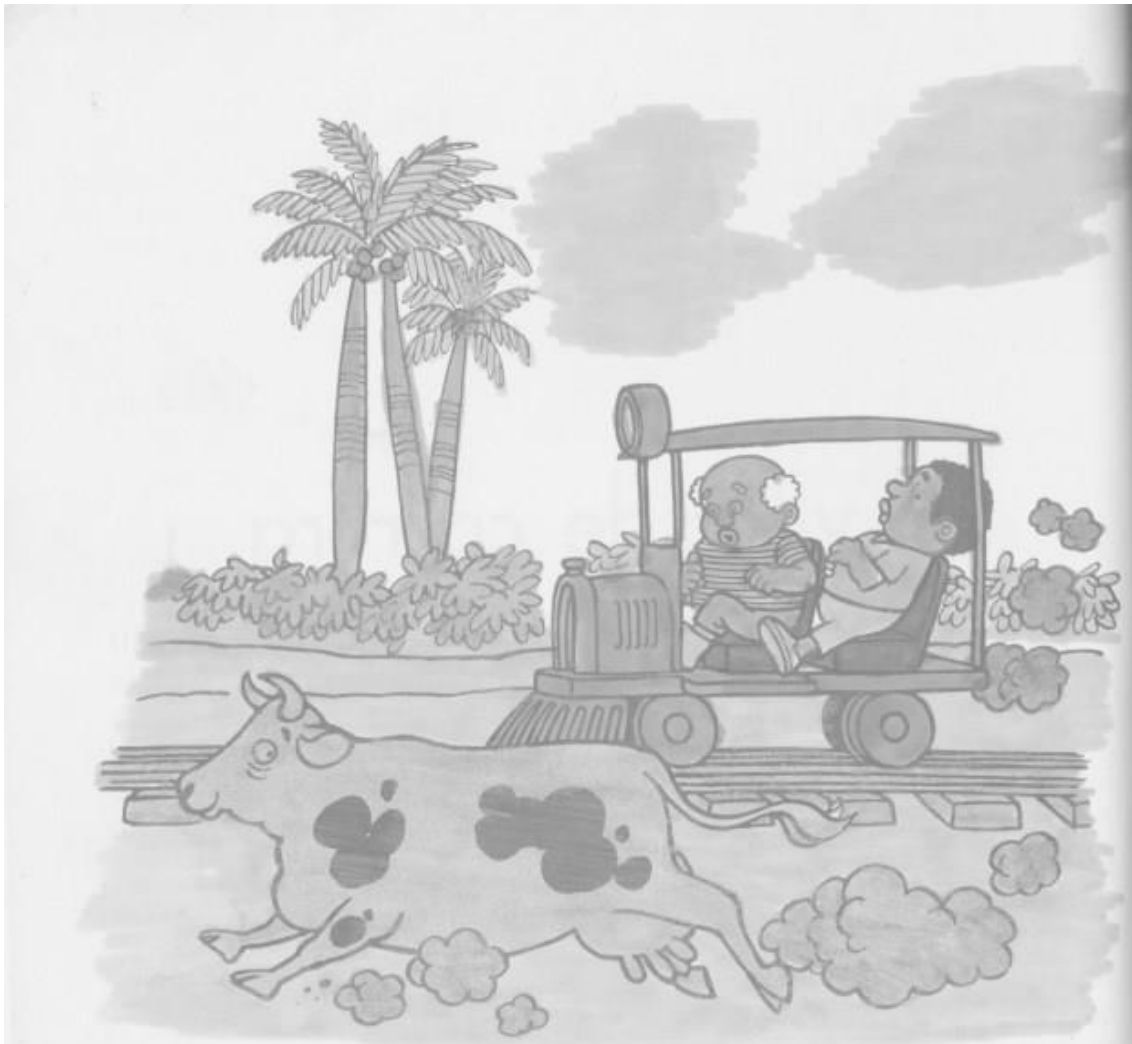
Con ganas de molestarlo, se detuvo a la par de él, y le dijo que era una lástima que anduviera la vaca, pues de lo contrario lo hubiera llevado a bordo del motorcar. Pero apenas había dicho eso, el Hermano Araña entró al vehículo de un solo salto, y le dijo que no había motivo alguno para preocuparse, que la vaca era de carrera y se sabía muy bien el camino.

— Cuenta Jack que le dio mucha risa oír eso, y animándose, arrancó el motorcar, y se puso a charlar con el Hermano Araña sobre la mala cosecha y los precios del cacao, olvidándose bien pronto de la famosa vaca.

Pero el Hermano Araña de pronto le dijo que estaba tan cómodamente instalado en su asiento, que le daba lástima incomodarse, y que por lo tanto le hiciera el favor de volver a ver para atrás y comprobar si venía su vaca.

Desde luego que Jack creyó que estaba bromeando, porque ¿qué vaca puede correr con la rapidez de un motorcar? Pero ante la insistencia del Hermano Araña, volvió a ver, y casi se muere del susto cuando comprobó que, en efecto, la vaca les venía siguiendo muy de cerca.

El pobre Jack aceleró todavía más, tratando de dejar atrás a la vaca de carrera del Hermano Araña. Peligrosos puentes aparecían delante del vehículo, se hundían debajo a su paso, y sur-



gían detrás para desaparecer en la distancia. Pero cada vez que el asustado conductor miraba para atrás, la vaca seguía allí, corriendo a noventa kilómetros por hora.

Dice Jack que en ese momento pensó que soñaba. Tenía que estar soñando. Y por si acaso era que se había quedado dormido mientras manejaba el motorcar, pensó que era aconsejable bajar la velocidad.

Y además pensó que había sido un error no haber tomado vacaciones ese año, porque es lógico que el exceso de trabajo agota, y para eso es que existen las vacaciones, para evitar que por trabajar demasiado uno termine enfermo o viendo visiones. La verdad es que Jack trabajaba mucho en esos tiempos. No quería quedar mal con la compañía por miedo a que lo despidieran; por eso gastó muchos años de su vida, sin descansar largas temporadas, y sin enfermarse nunca.

Lo cierto es que fuera lo que fuera, era mejor frenar.

Pero cuando el vehículo comenzó a bajar de velocidad, se despertó el Hermano Araña que ya para entonces dormía tranquilamente, y volviendo a ver para atrás, le dijo a Jack que buscara un switch lo más pronto posible, porque la vaca traía la lengua por fuera, y que esa era la señal de que le estaba pidiendo vía.

Dice Jack que frenó en seco, y el Hermano Araña quejándose de que el motorcar era demasiado lento, se fue en su vaca. El se quedó allí tanto rato, que llegó tarde a su destino y perdió su trabajo. Y no pudo contar lo sucedido por temor de que nadie le creyera su historia.

Puede ser que tenga algo de verdad, porque otro día, dicen que el Hermano Araña le habló del asunto al Hermano Tucumá, pero éste le dijo que era un mentiroso.

Valga el pan andando

Dice Jack Mantorra que una vez los tiempos se pusieron difíciles; tan duros, que la gente casi no tenía nada que comer. Era que ese año había habido dos lllenas y las aguas terminaron con las cosechas y ahogaron a muchos de los animales. Los huesos del Hermano Caballo se veían a través de su piel de lo flaco que estaba. Y ni qué decir del Hermano Gungú y del Hermano Tigre, todos estaban como esqueleto andando.

El mismo Hermano Araña, con toda su inteligencia, cargaba un hambre del tamaño del mar.

Solo los Hermanos Mirlo no enflaquecían. Y nadie se explicaba por qué, y no había manera de que ellos contaran su secreto.

Pero un día, el Hermano Araña se puso a atisbarlos, escondido debajo de su cama. Y allí oyó una importante conversación que le hizo darse cuenta que en medio del mar había un arbolito de bayas, y que todos los días, antes del amanecer los Mirlo volaban hasta allá para surtirse.

El Hermano Araña los amenazó con acusarlos de contrabandistas a las autoridades, si no le daban parte del negocio. Los mirlo tuvieron que aceptarlo, pero eso sí le dijeron, "Le vamos a fabricar unas alas y usted vuela con nosotros para que por lo menos le cueste tanto como a nosotros".

Pues el Hermano Araña tuvo que aceptar, porque él tenía un hambre demasiado grande para ponerse a discutir.

A la mañana siguiente, los Mirlo se arrancaron unas plumas y le hicieron un par de alas. Y el Hermano Araña tomando fuerza de su flacura, voló con ellos hasta la islita de bayas.

Pero apenas llegó, se dió a darle órdenes a los Hermanos Mirlo, a reclamar las Bayas más jugosas para sí y a molestar con

otras necesidades, hasta que los Hermanos Mirlo, aburridos, aburridos, se fueron y lo dejaron solo, llevándose con ellos las alas postizas.

Al principio no se preocupó el Hermano Araña. Después de todo, pensaba, "Mañana tienen que volver y yo me quedaré aquí, con la isleta para mi solo, y todas estas bayas que podré comer casi hasta reventar". Pero cuando el sol salió, calentó tanto, que el Hermano Araña tuvo que tirarse al mar para no quemarse.

Pero ese error le pudo haber costado la vida, porque no bien se hubo tirado cuando vio venir directamente hacia él al Hermano Tiburón, el terror de los mares. El Hermano Tiburón en efecto, al verlo nadando en el agua, había decidido servirlo de postre después de la cena de ese día.

Pero, ¡vamos! Ustedes saben que, como dice Jack, el Hermano Araña no es ningún tonto. Así que apenas se acercó lo suficiente el Hermano Tiburón, le empezó a saludar con una confianza que daba gusto, diciéndole que se alegraba tanto de ver a su padrino después de tanto tiempo.

Claro que el Hermano Tiburón no se iba a tragar el cuento así porque sí. ¡Qué va! No se dejaba sobornar por las dulces palabras del desconocido, porque la verdad es que él recordaba haber sido padrino del Hermano Ardilla, y haber llevado a la pila bautismal a la Hermana Zorra, y se acordaba de otro ahijado, el Hermano Pulpo, el mejor de todos. Pero no recordaba al Hermano Araña. Y si dudaba en apresarlo, era porque después de todo, pudiera llegar al oído del lengón de Jack Mantorra, que una persona tan importante como él, se había comido a su propio ahijado. Y en ese caso, se exponía a un tremendo desprestigio, pues Jack, como buen cotorra, divulga todo lo que oye.

Mientras así razonaba, el Hermano Araña había hecho planes. Ya no le interesaba escapar del Tiburón, porque con eso nada resolvía, pues era imposible aguantar tanto calor que en la isleta hacía. Ahora ya se trataba de ganar el favor del Hermano Tiburón, e irse con él a su cueva, donde a no dudarlo podría conseguir comida y bebida gratuita y abundantes, mientras se suavizaban los tiempos y pudiera regresar a su hogar.

Así que, notando cierta preocupación en el rostro del Hermano Tiburón, se puso a indagar cuál era la causa de tanta tristeza, hasta que logró averiguar que la mamá del Hermano Tiburón estaba mal de los ojos. En realidad ya se había quedado ciega, y el oculista Tiburón le dijo que no había remedio.

Pero el Hermano Araña le hizo saber que él era el famoso Oculista del Presidente, y que un caso de simple ceguera no era nada para él. Eso le agradó mucho al Hermano Tiburón, que entonces, le llevó a su cueva, dándole un gran banquete, y una cama para que aplacara su sueño.

Esa noche hicieron los planes: el Hermano Araña examinó a la paciente, y dijo que en efecto, era fácil el asunto, que todo lo que necesitaba era un sartén, cebolla, aceite, sal, pimienta y tortillas. Pero que, eso sí, lo dejaran solo con ella durante dos días, porque una vez con la venda, era peligroso abrir la cueva, por los aires, y no era conveniente que nadie más estuviera, porque teniendo algún virus podría contaminarla y echar a perder la operación.

Además, puesto que los buenos pensamientos ayudaban en estos casos, se quedaron el Hermano Tiburón y sus dos hijos, delante de la cueva, y cada vez que oyeran "Chiss" dijeran en coro:

Valga el pan andando
que mamita se va curando

El Hermano Tiburón se puso tan contento, que esa misma noche le hizo otro banquete al inesperado ahijado, y se acostó a dormir soñando con todo lo mejor que podía desear el terror de los mares. Ni siquiera le pareció raro que un médico pidiera un sartén y otras cosas semejantes. Y al amanecer, él y sus hijos, Bambú y Bukú abandonaron la cueva, cerrando por fuera, y dispuestos a guardar la entrada como tres valientes soldados.

Y fuera, cada vez que oían "chis" saltaban de alegría, repitiendo con fe el estribillo:

Valga el pan andando
que mamita se va curando

Todo el día, de cuando en cuando oían de nuevo un fuerte "chiss". Y una y otra vez lo celebraban con gran contento, repitiendo las mágicas palabras dadas por el oculista del Presidente.

Al final del día, el Hermano Araña les gritó desde adentro, que había terminado la operación, y que a la mañana siguiente iba a saberse si había tenido éxito. Y los tiburones, con frío pero llenos de esperanzas, se acomodaron afuera a la entrada de la cueva y durmieron.

Al otro día, el mismo sonido saludó la mañana. Y los tiburones, gritando desde afuera preguntaron al Hermano Araña que tal iba. Este les informó que todo iba bien, que estaba cambian-



do las vendas, que aparentemente la paciente veía ya las cosas brillantes, que en la tarde volvería a cambiar las vendas, y en la noche le informaría con toda seguridad el resultado de la empresa. De modo que nuevamente el sonido "chiss", los tiburones cantaban su estribillo. Y en la noche fueron informados con entusiasmo, que la operación había sido un completo éxito, y que al día siguiente podrían ver a su pariente en horas de la tarde. Temprano al tercer día, el Hermano Araña les avisó sobre el estado de la Hermana Tiburón. Dijo que aunque estaba perfectamente curada, le iba a hacer falta un ungüento especial que solo

él tenía, y que por lo tanto, le alistaran un bote y lo llevaran hasta la costa para traerlo antes de quitarle las vendas por la tarde.

El Hermano Tiburón y sus hijos, locos de alegría, obedecieron al Hermano Araña. Y sin dejarlos entrar a la cueva con el cuento de que podían contaminarla partió con lujo de rey en elegante canoa, conducido por Bambú y Bakú.

Pero la verdad es que una vez que se quedó solo, el Hermano Tiburón empezó a pensar un poco más. Y se dio cuenta que desde que se inició el tratamiento, no había oído hablar a la Mamá Tiburón, de modo que entrando en sospechas, decidió asomarse a la puerta, porque a lo mejor el Hermano Araña se había "jalado alguna torta" y andaba buscándole remedio.

Le costó mucho trabajo, primero entender y luego creer lo que veía. Solo quedaban los huesos. Y es que, cuenta Jack que el Hermano Araña se había almorzado y cenado a su paciente, entre "chis y chis", chuleta por chuleta.

Fue tanta la rabia del Hermano Tiburón que se fue nadando para atrás y por poco se le quiebra la cola. Cuando al fin logró salir de la cueva, para perseguir al Hermano Araña, éste le llevaba una gran ventaja. Pero como todos sabemos, los tiburones nadan muy rápido, de modo que al poco rato pudo verlos, acercándose a la costa con toda tranquilidad.

Viéndolos, empezó a gritarle a Bambú y Bukú que se detuvieran, que capturaran al falso ahijado. Pero los muchachos no alcanzaron a oír lo que él decía, por lo cual el Hermano Araña les dijo que su padre les avisaba de una tormenta cercana y les rogaba que acelerasen el paso.

Bambú dudó de las palabras del Hermano Araña, porque era tan bello día; el sol ondulando sobre el agua, las aves marinas surcando felices sobre las nacientes olas; y frente al verdor de las plantas de la costa, se levantaban lenguas de blanca espuma, que hacían un lindo contraste contra el intenso negro de la arena.

Pero Bukú le hizo ver a su hermano, que los mayores sabían más que los niños y entonces aceleraron, remando con gran rapidez, al compás de coritos que inventó el Hermano Araña para impedir que oyeran las verdaderas palabras de su enfurecido padre.

Un poco antes de llegar a la playa, el tiburón alcanzó el bote, pero ya para entonces el Hermano Araña, nadando primero,

y corriendo después, había logrado ganar la orilla y se perdió entre las palmeras y arbustos tierra adentro.

Dice Jack Mantorra, que siendo él simple cotorra, no sabe si lo dicho aquí es o no cierto. Pero que eso sí: él conoció a la mamá del Hermano Tiburón y que era muy muy gorda. A los del pueblo les extrañó ver al Hermano Araña, engordar en medio de tiempos tan duros.

Señales de muerto

Miren muchachos, Jack Mantorra asegura que un muerto no siente cosquillas. Yo no sé, porque uno no puede saber a ciencia cierta lo que sienten los muertos. Pero yo sí le creo a Jack, porque desde que estoy sobre esta tierra, nunca he visto a un muerto reírse, y la verdad es que si uno tiene cosquillas, lo lógico es que se ría.

Cuenta Jack que el Hermano Araña y el Hermano Pájaro Carpintero, eran grandes enemigos. Nadie supo nunca porqué se caían tan mal el uno al otro. Pero lo cierto es que se pasaban el tiempo criticándose cada quien al otro, y lanzándose amenazas.

Una vez el Hermano Araña y su madre se cansaron de las barbaridades del Hermano Pájaro, y decidieron atraparlo y darle una buena lección. De modo que la Hermana Araña se presentó a casa del Hermano Pájaro, llorando, y le dijo que su hijo había muerto y que le venía a suplicar que le construyera la caja para enterrarlo.

El Hermano Pájaro Carpintero era el que hacía las cajas para todos los muertos del pueblo, pero la verdad es que cuando oyó la historia de la señora, pensó que si de tal palo tal astillo, no podía confiar. Y razón tenía porque mientras tanto el bandido del Hermano Araña estaba acostado en su casa, esperándole, para meterle dos bofetadas como las que usó Muhamed Alí para terminar con Joe Frazier. Pero con todo, el Hermano Pájaro, conmovido por las lágrimas de la Hermana Araña tomó su cinta métrica, y se encaminó a la casa del famoso enemigo de toda una vida.

¡Qué contento tan grande sintió el Hermano Araña cuando



vio venir a su esperada víctima! Pensó reventarle el pico, hincharle la cara, y desplumarlo para que no fuera tan pedante. Y cuando el Hermano Pájaro se acercó lo suficiente, dejó de respirar, por temor a echar las cosas a perder.

Por su parte, el Hermano Pájaro Carpintero se acercaba con mucho cuidado, y una vez cerca, con desimulo, le hizo cosquillas en los pies.

Ciara muchachos que el Hermano Araña soltó la risa.

Y puesto que el Hermano Pájaro Carpintero en toda su vida nunca había visto a ningún muerto reírse, se dio a la fuga volando entre los celajes arriba y los lindos arbustos abajo, con un vuelo tan veloz que semejaba el de un jet.

Dice Jack que lo que le salvó en realidad fue el enorme cuidado con que hizo sus cosas, y que con cualquier descuido, el final de la historia hubiera sido otra.

Caballo de trote

Cuenta Jack Mantorra que el Hermano Tigre era el más guapo del pueblo. Tenía un mechoncito blanco colgándole de la cabellera, y todas las que todavía no sabían la diferencia entre un hombre guapo y uno inteligente, creían que por ser el más atractivo era el más hombre en todo sentido.

Y vivían enamoradas del Hermano Tigre, todas tratando de hacerse amiga o novia suya.

Por eso se dio a la tarea de buscarle novia, con la esperanza de que una vez que las otras lo vieran enamorado de una, se olvidarían de él, y alguna de todas entónces se fijara en el "solitario, triste y abandonado" Hermano Araña.

Pero dice Jack que no hubo manera, porque más bien el Hermano Tigre estaba enamorado de su propio mechoncito blanco, y se pasaba horas frente al espejo mirándose. Entonces el Hermano Araña recurrió a la fuerza bruta, dispuesto a atacarlo mientras dormía, darle una buena, esposarlo y echarlo del pueblo frente a todos. Pero qué va, la fuerza del Tigre era muy grande, demasiado para él. Tanto que una vez había tumbado un árbol grande él solito, colocándose sobre el Río Reventazón para que sirviera de puente, en vez del que se había llevado la fuerte torrente del río.

El pobre araña en vez de asustar, resultó asustado, cuando el Hermano Tigre lo sorprendió entrando a su casa con esposas y todo.

Fue cuando se acordó de lo que dicen por ahí, que más vale maña que fuerza. Y dándose a la tarea de difamar a su rival, hizo saber a todos que el Hermano Tigre, con todo y su mechoncito blanco, no era más que su caballo dé trote.

Es decir, ¡cualquier potranquillo! .

Al principio al Hermano Tigre le dio risa, recordando cómo huyó el día que se lo encontró por el río y quiso reclamarle el haberse metido a su casa. Pero el chisme corría de boca en boca, y los niños se animaron a cantarle por las esquinas:

HERMANO TIGRE SE TERMINO TU MAÑA
DESDE QUE TE MONTA EL HERMANO ARAÑA.

Y cuando una de las lindas muchachas del pueblo se atrevió a repetirle el corito en la pura cara, se puso muy enojado y fue en busca del Hermano Araña, para obligarlo a rectificar públicamente.

Dice Jack que el Hermano Araña estaba abanicándose en su hamaca, cuando vio venir al Hermano Tigre, más furioso que una danta. Y puesto que no tenía nada parecido al Perico Ligerero, se bajó de su terraza, y se metió a la cama con fuerte fiebre y escalofríos.



El tigre le prometió una señora paliza si de inmediato no iba al pueblo a aclarar las cosas. Pero el Hermano Araña estaba tan débil y enfermo, que comenzó a bajar la voz, y terminó casi suplicándole. Y estaba a punto de ceder ante los ruegos del astuto Hermano Araña, cuando este mismo le sugirió que bien podría ir a la plaza mayor, y cumplir con el cometido, si por lo menos le llevara alzado medio camino.

El Hermano Tigre, contento de ver tan enojoso asunto a punto de arreglarse, consintió en llevarlo hasta la entrada del pueblo, pero no más, porque de ninguna manera podía permitir que lo viesen cargándole, ya que eso sólo confirmaría la ya difundida sospecha.

Ahora, el Hermano Araña, tan pronto estuvo sobre los lomos del tigre, fingió caer del otro lado. Estaba tan débil, dijo que le era imposible sostenerse a menos que éste se dejara poner una silla y riendas para tener de donde agarrarse.

Luego, quejándose de que, puesto que se había untado de miel al verse enfermo, los insectos no lo dejaban tranquilo, convenció al Hermano Tigre de que le diera un chilillo para espantarlos.

Una vez que tenía todo lo necesario, el Hermano Araña se compuso de su enfermedad, y chilillo y riendas en mano, obligó al Hermano Tigre a entrar al pueblo con él a cuestas. Las muchachas comprobaron entonces que, con todo y su mechoncito, el Hermano Tigre era cualquier potranquillo, que la inteligencia vale más que la guapura, y nadie tuvo duda de que desde siempre, el Hermano Araña era el más hombre del pueblo.

Es cierto que Jack Mantorra es, como dice él, una simple cotorra. Pero la verdad es que este cuento no es cuestión de cotorras. ¿No creen?

El paseo del Hermano Araña

Jack Mantorra cuenta que el Hermano Tucumá invitó un día al Hermano Araña a ir con él de paseo. Entre ambos, alistaron caña y anzuelo, y salieron temprano hacia el distante Pozo Azul.

Y por haber madrugado, aprovecharon bien el día, según cuenta Jack. Tenían un saco lleno de pescados de todos tipos y tamaños cuando, al ver los primeros celajes ya al atardecer, emprendieron camino de regreso. Pero de camino, el Hermano Araña pensó que francamente él solo podía comerse todo el pescado, así que se dio a planear cómo quitárselos a su vecino. Logró entretener al Hermano Tucumá, y la noche los sorprendió todavía de camino.

Pero de camino, el Hermano Araña pensó que francamente él solo podía comerse todo el pescado, así que se dio a planear cómo quitárselos a su vecino. Logró entretener al Hermano Tucumá, y la noche los sorprendió todavía de camino.

Apenas hubo caído suficientes sombras para llevar a cabo su plan, hizo un gran escándalo, gritándole al Hermano Tucumá que lo ayudase, que los ladrones lo habían golpeado, y aprovechando el desconcierto tomó el saco y salió corriendo. Pero había un bejuco atravesado, y sin poder evitarlo, cayó debajo del saco, y sólo pudo salir a tiempo para huir de la furia del Hermano Tucumá, que enfocándole su linterna, se dio cuenta de la mala jugada.

Perdido el camino, sin luz, y con hambre, se quedó como dicen sin hueso y sin carne. Más perdido que una gallina en la iglesia, se jalaba el pelo pensando que hubiera sido mejor haberse conformado con la mitad de los pescados que era lo que le tocaba, en vez de tratar de engañar al Hermano Tucumá. Pero ya era tar-

de para lamentaciones.

Pero en eso vio una luz, y acercándose, se dio cuenta con gran alegría que era nada menos que la casa del Hermano Tigre.

Fingiendo una visita, llamó a su eterno rival, para felicitarlo por su cumpleaños. Y deshaciéndose en atenciones, le hizo sentir todos sus parabienes.

Sorprendido por tan inesperada muestra de cariño, el Hermano Tigre no supo cómo tomarlo. Pero, aclaró que ese no era su cumpleaños, no sin antes darle las gracias de todos modos por haberse molestado en venir tan lejos para expresarle su aprecio.

Muy ceremoniosamente, el Hermano Araña le hizo ver, que si bien es cierto que habían diferencias entre ellos, eran cosas de la vida, y que el día del cumpleaños de uno es un día de paz, y por eso era que, poniendo a un lado sus viejas querellas, le había venido a desear larga vida. El Hermano Tigre volvió a aclarar de todos modos que si bien no era su cumpleaños, el gesto del Hermano Araña lo había conmovido. Y se sentó de buena gana a oír las historias sobre confusiones que se dio en contar el Hermano Araña, invitándole a cenar y luego a quedar en su casa esa noche.

La cena fue realmente succulenta, porque según cuenta Jack, el Hermano Tigre era un buen cocinero. Pero la porción servida era pequeña, y el glotón del Hermano Araña se quedó con hambre.

Una vez acostados, el Hermano Araña no se podía dormir, pensando en la comida que quedó en la olla grande. Y cuando creyó dormido a su anfitrión, se levantó con gran cuidado y fue a la cocina, con el propósito de llenar su elástico estómago.

Pero el Hermano Tigre sabía con qué tuzo se rascaba; por eso, antes de acostarse tomó las precauciones del caso. En el perol, encima de la comida, puso cuatro tapas. Debajo de la primera puso una trampa de ratón. De modo que apenas metió la mano a la olla, el Hermano Araña sufrió el primer castigo, y corrió a la cama con susto y dolor y metido bajo las cobijas pasó una hora sobándose los dedos.

Pero apenas se hubo calmado el ardor de sus dedos, cuando levantándose con igual cuidado, intentó de nuevo apoderarse de la sabrosa comida, y regresando a la cocina, levantó con cuidado la segunda tapa y metió la mano.

Esta vez unas puntiagudas espinas lo recibieron. Y de nuevo asustado, regresó a su cama, mordiéndose los labios para no gritar, temeroso de la furia del Hermano Tigre. Le costó bastante

trabajo deshacerse de las espinas, pero ahora lo esperaba un cangrejo, y allí fue donde ya no pudo aguantar y llenó la noche con un gran grito que despertó en el acto al Hermano Tigre, y le obligó a buscar refugio en el gallinero.

Pero fue tan grande el escándalo de las gallinas, que tuvo que salir, y viendo que el Hermano Tigre se acercaba, se encaramó al cielo raso.

Allí vive todavía. Y si alguna vez usted se mete al cielo raso, fíjese bien. Allí lo verá todo escondido en algún rincón. Conste que eso fue lo que dijo Jack Mantorra. Y como todos sabemos, tiene fama de cotorra.



INDICE

LOS CUENTOS DEL HERMANO ARAÑA	Pág. 5
A VECES, EL GUARDA ROBA MAS QUE EL LADRON	Pág. 7
LA LEÑA	Pág. 11
LA VACA DE CARRERA	Pág. 15
VALGA EL PAN ANDANDO	Pág. 19
SEÑALES DE MUERTO	Pág. 25
CABALLO DE TROTE	Pág. 27
EL PASEO DEL HERMANO ARAÑA	PPág. 31



Con la publicación de este pequeño trabajo dirigido a los niños, el joven escritor costarricense Quince Duncan, reanuda sus publicaciones después de un sorpresivo silencio de casi dos años. Conocemos el gran aporte de Duncan a la Literatura Latinoamericana, tanto por sus cuentos (*Una Canción en la Madrugada*, E.C.R. 1970), como por sus novelas (*Hombres Curtidos*, 1971 y *Los Cuatro Espejos*, 1973), pero quizás más por su obra escrita en colaboración con Carlos Meléndez (*El Negro en Costa Rica*, 1972), libro que ya tiene una segunda edición y se está traduciendo al inglés. Claro, brillante y de un compromiso social sobresaliente Duncan es ya muy conocido en el extranjero, donde ha merecido comentarios en la Prensa Antillana, el Canadá y Estados Unidos. Hace poco, el Pinchpenny Press, incluyó "La Leyenda de José Gordon" en su colección de Literatura Costarricense Contemporánea, junto a lo mejor que nos ha dado esta tierra en las letras, traducido al inglés y de amplia difusión.

Actualmente Duncan trabaja intensamente para reponer los dos años de esterilidad en publicaciones, pero no en creatividad. Prepara, "En Torno a la Historia Negra", ensayo, una colección de trozos titulado "El Negro en la Literatura Costarricense", una novela sobre Nicaragua, tres obras de Teatro, un tomo de reflexiones poéticas y Colecciones de Cuentos en colaboración con otros autores. El que está cerca de Quince Duncan, puede conocer su permanente busca de la verdad, su lucha por la justicia social y el tremendo cariño a su pueblo. Los Cuentos del Hermano Araña, debe estar en todos los hogares costarricenses, palparlo, comentarlo. Los niños y los grandes vivirán un momento de felicidad y quedarán satisfechos con la obra del joven escritor.



SIDUNA

Juando Montecinos C.



F115837